Cristina Pacheco y Los dueños de la noche

Vivir la ciudad e imaginarla

José Luis Martínez S.

Recientemente la gran periodista mexicana Cristina Pacheco recibió un homenaje por sus setenta fructíferos años de vida en Bellas Artes. José Luis Martínez S. celebra a la escritora con este ensayo centrado en uno de sus libros clave, Los dueños de la noche, *en el que la autora entrevista a figuras de la cultura popular.*

¿Cuántas cosas podrían decirse de Cristina Pacheco, la escritora, la periodista, la conductora de programas de radio y televisión, la excepcional conversadora? Ella ha registrado como pocos la vida en la Ciudad de México, sus personajes y escenarios, sobre todo aquellos que pocas veces son motivo de atención en la prensa si no es para compadecerlos o refererir sus catástrofes.

Cristina Pacheco es lo que siempre quiso ser: una contadora de historias. En sexto año de primaria participó en un concurso nacional de oratoria, superó todas las etapas y llegó a la final, que se realizó en el Pasaje Catedral. No tuvo suerte, la mañana había estado colmada de adversidades y su intervención no fue lo brillante que ella deseaba. Cuando le asignaron el tercer lugar, se sintió frustrada.

Al día siguiente, una estación de radio invitó a los concursantes para entrevistarlos y Cristina preparó un escrito contando los incidentes por los que había pasado: la falta de agua en su casa, de alimentos, de dinero para los camiones. Ése fue su primer texto.

—Desde entonces —me dijo en marzo de 2009—, no he parado de contar historias.

Entre las tantas historias que Cristina Pacheco ha contado desde que comenzó a publicarlas hace cincuenta años, las que recoge en su libro de entrevistas *Los dueños de la noche* tienen un significado especial para mí porque me devuelven a mis años como periodista de espectáculos, las rondas por camerinos, teatros y centros nocturnos; la fascinación por los ídolos de la cultura popular. Pero también, y sobre todo, porque me devuelven a un tiempo y a un país más amables.

Si en *La luz de México* y *Al pie de la letra* Cristina convoca a pintores, fotógrafos y escritores, en *Los dueños de la noche* reúne a vedettes, actrices, cantantes, boxeadores y luchadores, quienes ofrecen una lección de sacrificio y disciplina, poco advertida por el público y, lamentablemente, también por los reporteros de la farándula que en la actualidad se ocupan más de la vida privada que del trabajo de sus entrevistados.

Olga Breeskin, Tongolele, Lola Beltrán, María Victoria, María Luisa Landín, Toña la Negra, Pérez Prado, Pipino Cuevas y Salvador Sánchez son algunos de los personajes de este libro, que, como todos los de Cristina Pacheco, son una caja de sorpresas.

En julio de 1981, en un camerino del teatro Blanquita, Cristina conversó con Lyn May, que había pasado de ser la reina de la pasarela en el Teatro Iris, la catedral del burlesque en los años setenta, a una de las vedettes más cotizadas, no sólo en centros nocturnos sino también en el llamado cine de ficheras. Después de hablarle de su carrera y de las largas horas de estudio con maestros de baile y canto, Lyn le confió a Cristina su máxi-

© Blanca Charolet

Cristina Pacheco

ma aspiración profesional: presentarse en Bellas Artes con *Madame Butterfly*. Aunque pronto puso los pies en la tierra y le dijo: "No creo lograrlo". "¿Por qué no?", le preguntó Cristina dándole el ejemplo de Lola Beltrán y Josephine Baker, artistas populares que habían actuado en las mejores salas. "Ni el público popular que viene a verme al Blanquita iría a oírme cantar ópera en Bellas Artes; ni el público que siempre va a Bellas Artes querrá pagar un boleto para oír cantar ópera a una vedette", le respondió resignada la mujer que tenía miles de admiradores y que de haberse presentado en la sala principal de Bellas Artes, estoy seguro, la habría llenado.

En una época en que los periodistas, sobre todo en la radio y la televisión, interrumpen y no dejan hablar a sus entrevistados, a quienes además intentan imponerles opiniones, Cristina Pacheco es una excepción. "En una entrevista —afirma—, la otra persona representa un mundo diferente, y si estoy ahí es para escucharla. De otra manera, no tiene caso hacer un encuentro. Me gusta que la entrevista sea en términos de respeto, en ella la figura principal es mi entrevistado y yo estoy ahí para oír, ver y aprender".

Por eso sus entrevistas son tan reveladoras, tan amenas, llenas de un profundo humanismo y, como ella afirma, de un gran respeto.

En los 1970, una de las grandes estrellas del cabaret era Rossy Mendoza, "la cintura más breve de México", quien hacía grandes temporadas en el Quid con llenos todas las noches. Era parte de un círculo selecto de vedettes cuyos nombres iluminaban las marquesinas de los centros nocturnos de la Ciudad de México: Mora Escudero, la Princesa Lea, Gloriella… Era otra ciudad y éramos menos, como diría Renato Leduc.

En su entrevista con Cristina Pacheco, realizada en 1984 e incluida en *Los dueños de la noche*, Rossy habla de su gusto por la pintura de Cuevas, Tamayo y Anguiano, comenta libros de Elena Poniatowska, de Luis Spota y Ricardo Garibay, con quien, dice, "pasa una cosa: comienza uno a leerlo y ya no puede soltarlo. Su literatura es admirable". Habla también de sus clases de actuación con José Luis Ibáñez y manifesta su deseo de producir teatro e interpretar a un personaje como María Egipciaca. No es la estrella frívola sino la mujer que expone con claridad sus planes, sus pensamientos, su disciplina.

Sin la entrevista de Cristina Pacheco nadie imaginaría a Rossy Mendoza más que como la vedette de cintura diminuta, imponentes senos y espectaculares desnudos en revistas para caballeros; nadie la pensaría como una persona tímida, orgullosa de su cuerpo y, sin embargo, sin temor por el paso de los años, a la vejez.

La mayor parte de la entrevistas de este libro fueron realizadas antes de los sismos de 1985, que cambiaron de manera drástica el rostro de la Ciudad de México, que lo llenaron de cicatrices. La ciudad que cuentan los entrevistados de Cristina Pacheco ya no existe, es una ciudad que sólo es posible imaginar a través de las historias de quienes la habitaron y llenaron de recuerdos.

Los dueños de la noche nos lleva a vivir esa ciudad, a imaginarla. Ésa es la magia que producen las entrevistas, las crónicas y los relatos de Cristina Pacheco; su prosa, de una sencillez admirable, nos acerca al misterio de otras vidas, de otros tiempos.

Hace algunas semanas, al conversar con ella sobre la inseguridad y la violencia en el país, me comentó: "Espero tener vida para mirar reconstituirse a esta sociedad que está muy fracturada, muy lastimada. El miedo ha hecho unos estragos espantosos y hemos dejado solas las noches, no hay quien las defienda".

Tiene razón. En muchas partes de la República y aun de la Ciudad de México las noches son tristes y están llenas de miedo. No podemos dejar que eso siga sucediendo, si lo hacemos perderemos la riqueza inapreciable de la vida nocturna, de sus escenarios y personajes. Perderemos historias como las que nos cuenta Cristina Pacheco en *Los dueños de la noche*.